

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 372

Barcelona, 8 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Cuenta
con Franco,
siempre dis-

puesto a apretar gatillos de pistolas ajenas. Algo le falta sin embargo. Las ciudades agredidas a mansalva no se rendirán. El ejemplo de Madrid se repite.

Mussolini en equilibrio sobre las ruinas de Roma

La emisora facciosa «Radio Nacional de España» transmitió, a las 22 horas 45 minutos del día 5 del mes actual, las siguientes palabras, que pertenecen, según dijo, «a un artículo que corresponde a la firma de la más alta autoridad del ejército».

Las palabras son éstas: «La rendición de las provincias de Levante se obtendría, en plazo corto, por la destrucción total de Valencia y Barcelona, empresa fácil para nuestra potencialidad aérea. Pero las dos bellas ciudades mediterráneas son dos joyas de nuestro patrimonio nacional y, sólo en caso extremo, nuestro caudillo Franco podría consentirlo.»

Todo está, después de oír tan inaudita declaración, en apreciar si ha llegado ya la hora postrera para que el «generalísimo» acuda a consentir, no a remediar, tan extremado recurso. Parece que sí, que ha llegado la hora de la última instancia. A juzgar por los síntomas, los remedios «heroicos» han dado ya comienzo, limitándose Franco a consentirlos. No sin disimulo, es cierto. «No hacemos—continuó Radio Nacional—bombardeos de poblaciones civiles; nos duele el tener que hacerlo como españoles, pero hay deberes más altos que nuestras inclinaciones sentimentales.»

¿Quién impone tales deberes? Por todas partes se va a Roma. Y en la actualidad del mundo, aparece Roma por doquier. ¿Quién está en Roma? En Roma está el Rey: el Rey de Roma que, en oyendo que hablan de él, cierra la puerta de su casa y desaparece. En Roma está también el Papa. El supremo jerarca de la cristiandad asoma de vez en cuando por un balcón, mira, escucha y calla. Todo lo más, dice «¡Jesús!» si se horroriza, o «¡amén!» si consiente. Pero en Roma hay otra voz. Otra voz escandalosa que resuena en todas

las encrucijadas de la política internacional. Voz de atracador que oye repetirse el eco de su señal a lo largo de la calle, en todas las esquinas donde esperan, apostados e impacientes ya por dar el golpe, los compañeros de atraco. Bajo la cúpula de San Pedro, bajo la cúpula del Quirinal, brillan los ojos de Mussolini. Detrás de las columnas de la Roma de los Césares, a la sombra larga y estrecha de un imperio arcaico, se esconden los piratas, al acecho. Mussolini ha subido, en una noche oscura, a lo alto de las ruinas romanas, trepando furtivamente por la hiedra que recubre las piedras históricas, y clama desde allí contra la humanidad. Puede destruir Valencia, puede convertir Barcelona en escombros. Cuenta para ello con aviones bastantes y escasa conciencia. Cuenta con Franco, siempre dispuesto a apretar gatillos de pistolas ajenas. Algo le falta, sin embargo. Las ciudades agredidas a mansalva no se rendirán. El ejemplo de Madrid se repite. Para el pueblo español, no hay deberes más altos que los que le inspira su propio decoro. Dejándose llevar por sus inclinaciones sentimentales, ha llegado al heroísmo. Nada vale la frase de Radio Nacional: «Madrid pudo ser destruido y no lo fué». La verdad se conoce y es otra bien distinta. Madrid consintió en ser destruido antes que entregarse al invasor. Si aun están dispuestos los enemigos de España a intensificar su equivocada táctica destructora, ya pueden dar comienzo, si es que no han comenzado ya. Un pueblo entero espera que la amenaza se cumpla, para no rendirse. Y la amenaza se está cumpliendo, sin que el pueblo varíe en su justa conducta ni ceda en su altivo propósito. Sabe, como lo sabe el mundo, que las ruinas no son terreno firme para servir de sustento a quien, aprovechando un descuido, pudo encaramarse sobre ellas.

Otra vez la piratería

De improviso, sin advertir a la tripulación y con absoluto desprecio de las leyes de la guerra, ha sido hundido, a 16 millas de Cartagena, el vapor británico *Endymion* por un torpedo lanzado desde un submarino. Ya con anterioridad, se habían tenido noticias de algunos ataques realizados por sumergibles; pero fueron puestos en duda. El día 11 de enero, el buque holandés *Hannah* fué torpedeado y hundido a la altura del Cabo San Antonio, a 47 millas al sur de Valencia; pero hasta hace pocos días no se tuvo confirmación de este hecho. Cuatro días después (ignórase por qué llegó a Londres la noticia con diez días de retraso), el capitán del buque inglés *Lake of Geneva* informó al cónsul británico en Valencia de que había sido atacado por un submarino, cuando estaba a tres millas y media al sur del puerto; pero que el torpedo pasó por debajo del barco. El día 19, el capitán de otro barco inglés, el *Clonlara*, trajo la misma noticia a Sagunto, pequeño puerto situado al norte de Valencia. Después del hundimiento del *Endymion*, no es posible considerar estas informaciones como rumores o fantasías. El asunto

es de extrema gravedad, y el Gobierno británico hace bien en preocuparse. Cuatro *destroyers* que prestan servicio de vigilancia cerca de Cartagena, buscan a los «autores del crimen» — para emplear las palabras de Mr. Duff Cooper — y cuatro más han salido de Gibraltar para unirse a aquéllos.

Estos nuevos actos de piratería guardan estrecha relación con aquellos a los cuales puso término el acuerdo de Nyon. En el verano del año pasado, los consejeros italianos y alemanes de Franco vieron claramente que éste no podía ganar la guerra con la facilidad que ellos esperaban y habían prometido audazmente al mundo exterior. No sólo se le acababa el dinero, sino que se convertía en una carga pesada para sus grandes pero empobrecidos aliados; había que encontrar algo que acelerase el fin del conflicto. El envío de más tropas y armamentos italianos hubiera sido de gran utilidad; pero Italia sentía ya cierta inquietud por el volumen que adquiría su compromiso en España. En vista de ello, se adoptó un plan más secreto y de menor peligro. Aparecieron submarinos al servicio de los

rebeldes, algunos de ellos en sitios tan lejanos de las bases españolas como el Mar Egeo; no cabía duda de que estos sumergibles, aunque estaban al servicio de Franco, no eran suyos. El hundimiento del barco inglés *Woodford*, el primero de septiembre, acabó con la paciencia del Gobierno, y dos semanas después, tras una breve conferencia, que debió toda su eficacia a la ausencia de Italia y Alemania, se firmó el acuerdo de Nyon. Se estableció un sistema de patrullas en el Mediterráneo, al que más tarde se unió Italia. El acuerdo establecía que «cualquier submarino que ataque a sus buques (no perteneciente a ninguna de las partes españolas en pugna) de manera contraria a las normas fijadas por el Derecho internacional... será contraatacado y, si es posible, destruido». Esta norma se hizo, poco tiempo después, extensiva a los ataques por aviones, y como es muy difícil que un submarino o un avión de bombardeo anuncien su propósito y garanticen la seguridad de la tripulación, las patrullas de vigilancia terminaron, virtualmente, con la campaña de piratería.

(Continúa en la página siguiente.)

EL FASCISMO ANTISEMITA

En Berlín, los artículos de confección expresarán en sus etiquetas que sólo les han tocado manos arias

Berlín, 4. — La acción antisemita ha redoblado la intensidad en Alemania y se traduce con nuevas medidas. Por primera vez, una etiqueta colocada en los artículos de confección expuestos en los almacenes arios de Berlín, comprueba que dichos artículos han sido fabricados y pasaron exclusivamente por manos arias, desde el tejedor hasta el comerciante al por menor. Esta medida fué tomada por la «ADEFA», Liga antisemita del comercio de confección. Ahora se hará extensiva a la ropa interior, sombreros, paraguas, tirantes, corbatas, etc.

En la «Weisser Hirsch», célebre estación climática cerca de Dresde, los israelitas no podrán instalarse en los hoteles arios, sino en los judíos, que no emplearán ninguna criada de sangre aria joven. Los paseos les son prohibidos en las inmediaciones del establecimiento termal. El uso de las aguas sólo les es permitido de las 13 a las 15 horas. Por otra parte, la exposición «Der Eerwige Jude», abierta en Munich el 8 de noviembre, acaba de cerrarse después de haber sido visitada por 412.000 auténticos arios. — Fabra.

Malhaya el mundo si no detiene las bombas que exterminan a mujeres y niños

De la carnicería metódica de Guernica a la fría matanza de Barcelona, el horror continúa y aumenta. No, no es verdad, no puede serlo que algunas personas del mundo civilizado vivan con el alma tranquila y se acostumbren a esta guerra, que se hace lanzando bombas sobre las mujeres y los niños de España, para demostrar que, como en Guernica, bastan unos minutos para arrasarse una ciudad abierta y exterminar a la población.

Ante esto, nos sentimos avergonzados de ser hombres. Cuando estos días desfilan por la pantalla las terribles imágenes del primer bombardeo de Barcelona, con ese cuerpecito de niño que cae retorciéndose en convulsiones, esas caras de madres que gritan, esa anciana estremecida por un temblor de locura que dice con la cabeza: «¡No, no. Eso no!», cuando la pantalla nos trae la sangre y las lágrimas, los espectadores de Europa — todos nosotros, todos vosotros — se hunden, en un silencio abrumador, como en la vergüenza del remordimiento, en el fondo de sus butacas.

No es posible que esto continúe. No es posible que ningún hombre que no tenga alma de asesino no grite: «¡Basta!» y no detenga la lluvia de bombas que cae del cielo sobre las ciudades abiertas... Estas matanzas por medio de la aviación obedecen a un plan; los caníbales del *Corriere della Sera* escriben que la indignación republicana, después del bombardeo de Barcelona...

«...muestra a los nacionalistas en qué sentido hay que continuar el esfuerzo para hacer que el Gobierno republicano se hinque de rodillas y, quizá, obligarle a rendirse».

Son los fascistas los que siempre han comenzado, los que siempre han iniciado el horror. El pueblo, los republicanos de España, nunca pensaron en dar a la guerra ese aspecto repugnante. ¿Quién lo dice? El gran escritor católico François Mauriac, que, en el *Figaro* del miércoles pasado, dice, indignado:

«No probéis de hacer comprender a los adversarios que no cabe comparar cosas que no son de igual naturaleza, y que es inútil tratar de establecer alguna relación entre la atroz matanza a que se entrega un pueblo furioso, al día siguiente de una rebelión militar, y el bombardeo de una ciudad abierta, planeado, decidido y rematado desde el silencio de un gabinete. (Daría uno cualquier cosa por saber por qué han escogido un domingo: ¿por estar vacías las calles, y así, matar a menos gente, o, por el contrario, porque esperaban que las familias saliesen de paseo?...).»

Inglaterra y Francia se han sobrecogido con este crimen. Quieren ponerle término, ejerciendo presión sobre los asesinos de niños. ¿Humanizar la guerra? Sea cuál fuese la fórmula que se encuentre, hay que obrar con rapidez contra los verdugos.

(La Lumière, 4-11-38.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Después de la sorprendente victoria gubernamental en Teruel, Franco y los que le ayudan están más impacientes que nunca, pues la guerra no sólo va despacio, sino que la fortuna les ha vuelto la espalda. Una vez más, se encuentran ante la necesidad de dar un golpe desesperado para impedir la derrota rebelde, que sería una vergüenza para sus protectores. No es imposible que llegue un nuevo ejército italiano; pero Mussolini tiene sus razones para impedir, si puede, esa nueva sangría de sus reservas. La nueva política de Franco consiste, primero, en evitar que lleguen suministros a los puertos españoles, y, segundo, en desmoralizar a la población civil. El nuevo horror de *raids* aéreos, que tienen como único objetivo la matanza del mayor número posible de no combatientes, fué sufrido por Barcelona y Valencia, por primera vez, hace unos quince días. Desde

entonces, los ataques se han sucedido casi diariamente, y han muerto centenares de seres inocentes. Las potencias deberían hacer una protesta conjunta contra las indefendibles y crecientes crueldades de los bombardeos aéreos. Dicese que Francia está tomando medidas en ese sentido; nuestro Gobierno debe ponerse a su lado. Para nosotros (igual que para Francia) es de urgente necesidad terminar con los nuevos actos de piratería submarina. Mr. Duff Cooper dijo ayer, en la Cámara de los Comunes, que todo el Parlamento se uniría a él para expresar la condenación de «estos ataques realizados por los piratas», porque, en realidad, constituyen un desafío que el Gobierno no puede eludir. No sólo se trata de hacer justicia al Gobierno español, sino de mantener el prestigio de nuestra nación en el Mediterráneo. El fracaso de las sanciones fué considerado, con razón o

sin ella, en todos los países que tienen costas en el Mediterráneo, como una humillación para la Gran Bretaña. La rapidez demostrada en Nyon, la desaparición de los submarinos piratas y el claro retroceso de Italia, repararon gran parte del daño causado. Pero si no se suprime inmediatamente esta nueva campaña y si los submarinos, envalentonados por la falta de decisión británica, vuelven a su actividad en el Mediterráneo, las ventajas obtenidas en Nyon desaparecerán por completo y este país sufrirá una nueva ignominia. No es el momento de preguntar por qué se redujo el servicio de patrullas a fines del año pasado, aunque esta pregunta será contestada a su debido tiempo. Lo que ahora se necesita es actuar con rapidez.

(«The Manchester Guardian», 2-11-1938.)

mana llamada Libertad, y porque era hija de Ricardo Mella. A última hora le conmutaron la pena de muerte por la de treinta años de presidio. Los militares españoles siempre han hecho gala de ser benévolo con las mujeres.

EL CRIMEN DE LA SEÑORA SEVERA

La señora Severa y su hermana tenían un horno de pan, gracias al cual vivían, establecido en la calle Falpena, cerca del edificio de la Panificadora de Vigo. La señora Severa tenía setenta años, y su hermana pocos menos.

Con las dos viejucas vivía el hijo de una de ellas — no sé exactamente si de la señora Severa o de su hermana — que se había caracterizado por sus ideas izquierdistas. Fué de los que lucharon contra los militares sublevados y después consiguieron escapar, refugiándose en el monte. Los falangistas fueron muchas veces a buscar al fugitivo, registraron el horno, interrogaron a las viejas, las amenazaron...

Nada; el fugitivo no aparecía. Tuvieron confianza de que estaba en el monte, y entonces, para obligarle a presentarse, encarcelaron a su madre y a su tía. Con sus setenta años cada una, comparecieron ante un Consejo de Guerra que, benévolo, las condenó nada más que a diez años de prisión a una y a quince a la otra.

Nada más.

POR ENCIMA DE TODO

Una cuadrilla de falangista se presentó una noche en casa de un funcionario del Ayuntamiento o de la Diputación de Pontevedra, apellidado Martínez. La mujer, temiendo que le asesinasen, les dijo resueltamente:

—Para llevárselo a él tenéis que llevarme a mí también.

Intentaron disuadirla, pero no lo consiguieron. A viva fuerza la mujer siguió a su marido, abrazándose a él. Pero al llegar al puente del Burgo, sobre el río Lerez, los falangistas arrancaron a su víctima de los brazos de la infeliz esposa, que querían protegerle, e inmovilizándole con sus amenazas, partieron a toda marcha con su presa en las garras.

La pobre mujer no ha vuelto a tener noticias de su esposo. No cabe ya ninguna duda de que fué asesinado. Pero el cadáver no ha aparecido. Posiblemente lo tiraron al río o al mar con una piedra en el cuello. Tal vez ha sido uno de los muchos cuerpos inhumados sin identificar. ¿Quién sabe?

enorme inquietud en los habitantes del Norte, cuyos hombres, desde que comenzó la ofensiva gubernamental en Teruel, se fugan a Francia en verdaderas bandadas, después de hacer frente a la Guardia civil y abrirse paso a tiros. La última banda internada en territorio francés, la constituían 90 muchachos, que fueron acogidos con toda solicitud en los caseríos del Ayuntamiento de Sara. Estos fugitivos han asegurado que el territorio faccioso se quedará rápidamente desierto, pues los hombres están dispuestos a no ir a la guerra.

La llegada, a este puerto, de vapores pesqueros de Galicia, es constante. En el último, procedente de La Coruña, venían 37 fugitivos, que han relatado escenas espeluznantes, pues los fascistas han vuelto a la época primera de la guerra y siembran el terror en villas, aldeas y ciudades. Los vapores de pesca están todos bajo la inspección de una Oficina mandada por italianos y alemanes, que son los que conceden o negan las autorizaciones para salir a la pesca.

Nadie está seguro en ningún punto de la zona rebelde. La pasada semana, en Irún, San Sebastián y otros pueblos del Norte, han sido detenidas numerosas personas de significación derechista, que han marchado a Burgos conducidas por la Guardia civil. La reserva de las autoridades es estrechísima; pero se habla de que todas estas detenciones son a consecuencia de haberse descubierto un vasto complot contra los cabecillas de Salamanca.

Se ha conocido también un pintoresco suceso, que pone de manifiesto la moralidad de los rebeldes. En el mes de diciembre se verificó el sorteo de una titulada Lotería Nacional-Sindicalista. El primer premio, de un millón de pesetas, cayó en Irún, correspondiendo a un tal Francisco Bergareche 650.000 pesetas; a la viuda de Altamira, también de Irún, 250.000, y el resto a otros tres o cuatro vecinos. Todos ellos fueron muy contentos a San Sebastián para cobrar el premio; pero en las oficinas de Falange, donde tenían que recoger las pesetas, fueron objeto de toda clase de insultos y amenazas y, además, los obligaron a firmar un documento por el cual cedían el dinero para el «glorioso ejército nacional».

Los agentes de Franco, reclutadores de niños para su Ejército

Tánger, 4.—La recluta de indígenas por los agentes de Franco continúa con gran intensidad en la ciudad internacional.

Han sido detenidos por la gendarmería, cuando intentaban pasar a la zona española de Marruecos, tres muchachos indígenas naturales de Tánger, de once, trece y catorce años, respectivamente. Han declarado a la policía que habían sido contratados por unos españoles en una casa de la calle del Estatuto, local de Falange en Tánger, para formar parte de un Tabor que se organiza en Tetuán para marchar a España.

Los familiares han denunciado al Mendub a los reclutadores de estas inocentes criaturas.

Las informaciones que publica este **DIARIO** responden siempre a la veracidad más estricta

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XIII

CRUELES HASTA EL ABSURDO

Aquel muchacho sabía que si le cogían le mataban. Era un empleado que, ya en el mes de octubre de 1934, había sido víctima de persecuciones y represalias por sus simpatías revolucionarias. «Si me cogen, me matan», pensó al ver que triunfaban los militares rebeldes, y escondiéndose, se fué a Tuy, con la esperanza de poder pasar la frontera. Pero allí, en Tuy, le dieron caza. Una de aquellas patrullas de señoritos falangistas y guardias rencorosos, que iban en varios automóviles, se lo llevó de la cárcel para matarlo en la carretera. En el coche en que le metieron iban custodiándole dos de aquellos jóvenes de la buena sociedad, que cometían los asesinatos, uno de ellos Manolo Sanjurjo y otro un marquesito muy conocido en Vigo, porque en cierta ocasión había llegado a simular un intento de suicidio, dándose un balazo que le produjo una herida leve, sólo para escarmentar a su propia madre, que se negaba a seguir dándole dinero para sus despilfarros.

Como de costumbre, cuando estuvieron en lugar apartado, hicieron alto, obligaron a bajar al prisionero y se dispusieron a matarlo; pero la resistencia que la víctima oponía a ser sacrificada debatiéndose desesperadamente, hizo que los falangistas y los guardias se exasperasen y tirándose sobre él le machacasen bestialmente con las culatas de sus máusers y sus pistolas. Allí estuvieron pateándole hasta que desahogaron su rabia. Le habían hecho varias heridas en la cabeza y le habían fracturado la pelvis y varias costillas. Ya se disponían a rematarle de un culatazo, cuando Manolito Sanjurjo, por uno de esos desconcertantes movimientos psicológicos de señorito voluble, se interpuso:

—Dejarle ya — dijo torciendo el gesto con repugnancia.

—No; hay que rematarlo. Si le dejamos vivo contará lo que no debe.

—Es igual; ya lo rematarán los del auto que viene detrás — insistió Sanjurjo, probablemente porque no sabía qué decir.

La idea era absurda. Pero en los abismos de crueldad y de insensatez de aquellas gentes pareció naturalísima. ¿Por qué no le remataron? ¿Para que durase más su terrible agonía? ¿Para dejarle aquella remota esperanza de salvación? ¿Porque se apiadaron de él o porque no les parecía bastante castigo el matarle?

Allí le dejaron tendido, en la ca-

rrera, con los huesos quebrantados y la angustia en el alma. El muchacho era de una gran entereza, y habiendo conservado sus sentidos, juntó las pocas energías que le quedaban y, en un supremo esfuerzo, se arrastró hasta echarse fuera de la carretera y esconderse en unos maizales que la bordeaban. El automóvil que venía detrás, cargado también de guardias y falangistas, pasó de largo. No le vieron y no volvieron a preocuparse de él. Consiguieron llegar, arrastrándose, hasta donde pudo ser socorrido, y luego fué trasladado a casa de unos fascistas amigos suyos, que le protegieron mientras duró su curación. Vivo está.

EN PLENA ARBITRARIEDAD

No se sabía nunca lo que podía suceder. Se vivía siempre pendiente de un azar cualquiera. El mal humor de un jefe, la noticia de un revés en el frente o una dificultad cualquiera en los aprovisionamientos, bastaban para que una nueva oleada de terror arrastrase docenas de vidas humanas.

Una de estas contingencias fortuitas costó la vida a don Andrés G. de Castro, persona muy conocida en Vigo, que incluso había desempeñado el cargo de canciller del consulado de México, siendo cónsul de dicho país don Félix Salinas.

El señor Castro tuvo necesidad de trasladarse a Portugal por asuntos particulares, y como no tenía nada que temer ni era sospechoso a los fascistas, gestionó y obtuvo su pasaporte sin ninguna dificultad. Atravesó la frontera tranquilamente, dispuesto a regresar cuando hubiera resuelto los negocios que a Portugal le llevaban; pero la policía portuguesa, no obstante llevar el señor Castro sus papeles en regla, le detuvo y decidió devolverle al territorio español. Se resignó a ello, aunque era una arbitrariedad, pensando tranquilamente que cuando estuviese en contacto con las autoridades nacionalistas de España podría deshacer el error; y, efectivamente, fué puesto en la frontera, junto con otros veintitantos fugitivos que Portugal le devolvía a Franco.

No tuvo ocasión ni lugar para entrar en explicaciones. El día que los portugueses acertaron a devolver a aquellos desgraciados, los fascistas habían tenido un serio revés de guerra y a todos, sin excepción, los mataron en el mismo puente internacional de Tuy. Con ellos cayó el señor don Andrés G. de Castro, que no era ningún fugitivo, que no estaba acusado de ningún delito, que no había actuado contra el régimen

y que ni siquiera era persona desahogada.

Que, en definitiva, no había cometido otro crimen que el de llegar en «un mal momento», como dicen los falangistas cuando quieren disculpar sus crímenes.

MOTIVOS DE PENA DE MUERTE

A Humberto Sollieros, hijo de una corsetera de la antigua calle del Circo, y a su mujer, Urania Mella, los condenaron a muerte en Consejo de Guerra.

A él le condenaron porque era presidente del Centro Cultural Deportivo de Lavadores. De los miembros de la Junta directiva de este Centro no se salvó ni uno solo. A los que no condenaron a muerte, y fusilaron con apariencias de legalidad, los asesinaron de madrugada los falangistas, sacándoles de las cárceles. Uno de los directivos del Club era un empleado de consumos, presidente de la sección artística, llamado Urbano Rodríguez Moledo. Era un pobre hombre, cojo, aficionado a hacer versos y teatro; un buen hombre, en fin. Le mataron también.

La mujer de Humberto Sollieros fué condenada también a muerte, porque no estaba bautizada, porque se llamaba Urania y tenía una her-

La conquista de Teruel ha producido una verdadera desbandada en la zona facciosa

El terror se ha recrudecido en Galicia y en el País Vasco las detenciones se multiplican. - En la zona rebelde no hay quien consiga cobrar un premio de lotería

Burdeos.—Se reciben interesantísimas noticias de la zona facciosa española, donde la desmoralización alcanza intensidad verdaderamente aterradora, no obstante las crueles medidas que se han tomado para atacarla.

La conquista de Teruel por las tropas republicanas ha producido un pánico general, contra el que se estrellan todos los esfuerzos de los rebeldes. De momento no ocurrió nada y el Cuartel General de Salamanca tuvo tiempo de reclutar cuantos hombres útiles había en las ciudades de la retaguardia. En el Norte, las levass se hicieron sin contemplación de ninguna clase. Marchó a engrosar las fuerzas de socorro todo el que estaba en disposición de empu-

ñar un fusil. En Irún lograron recoger a 190 jóvenes, ninguno de los cuales había cumplido 18 años. Se llevaron también a todos los emboscados en oficinas, Bancos y Comités de Falange, Requetés, Acción Popular y Guardias cívicas. Sin tener en cuenta que todos los mozos requisados carecían de instrucción militar, los concentraron en lugares muy comprometidos del frente de Teruel, y el resultado ha tenido caracteres de catástrofe. En uno de los ataques de las fuerzas republicanas, se inició una desbandada de estos elementos bisonios; y hubo patrullas que, sin saber cómo, fueron a parar a Zaragoza y Pamplona, donde muchos de los fugitivos fueron fusilados.

Tantas calamidades han causado

EL EJE BERLIN-ROMA

Lo que escribía Mussolini en 1915, sobre Alemania

«Aun después de firmada la paz, la palabra «alemán» seguirá siendo destacada y difamada por los pueblos civilizados; por mi parte, estoy dispuesto a renegar del socialismo, aun después de terminada la guerra, si me obliga a considerar como camaradas o hermanos a los ladrones y asesinos de ayer...» (El Popolo d'Italia, 20 de junio de 1915.)

«...si los pueblos de Occidente no consiguen romper el encanto, la obsesión de una «Alemania invencible» seguirá pesando como una amenaza perpetua sobre la conciencia torturada y humillada de Europa. La invencibilidad de Alemania constituiría, en efecto, el destino más trágico que haya podido imaginar el género humano. Hay que demostrar — a costa de ríos de sangre — que la barbarie alemana no es invencible.» (El Popolo d'Italia, 20 de junio de 1915.)

«...Hay que demostrar, «con pruebas irrefutables», que la conflagración europea fué desencadenada por Alemania y que sólo de la destrucción de la Alemania militarista puede esperar la Europa ensangrentada un largo período de tranquilidad.» (El Popolo d'Italia, 5 de julio de 1915.)

(Estas citas han sido tomadas del periódico «L'Unità», órgano del Partido comunista italiano, que circula clandestinamente en Italia. Año 1938, núm. 1.)

LA SITUACION MILITAR

Clara serenidad y energía tranquila

Cuando escribimos estos comentarios — 28 de enero — la tercera batalla de Teruel degeneró en una lisis que puede ser prólogo de nuevas luchas tácticas. Los rebeldes tardaron cinco días en apoderarse de algunas cotas que dominan una de las márgenes del pequeño río Alfambra. Perdieron en la empresa mucha gente y derrocharon material de un modo fantástico. ¿Estuvo el sacrificio a la altura del objetivo anhelado? ¿No lo sobrepasó excesivamente? En nuestra opinión, el empeño de los facciosos por acercarse a Teruel, abriendo una brecha en las posiciones que lo cubren, no está justificado ni mucho menos. Todavía, cuando dentro de la ciudad resistían Rey y Barba con unos centenares de hombres, podía hablarse de factores sentimentales. Pero rendidos los últimos reductos, la lógica aconsejaba una abstención prudente. Lo natural y razonable era acusar el golpe y buscar el desquite en otros sectores del frente de batalla. No faltaban puntos neurálgicos. En Salamanca lo saben tan bien como en Barcelona.

Por eso, no nos ha extrañado que un crítico militar germano tan conspicuo como el coronel Von Xylander, profesor de la Escuela de Guerra de Berlín, haya escrito en el gran diario «Berliner Tageblatt» estas severas palabras, que suenan a admonición, regaño y advertencia: «Con la caída de la ciudad (Teruel) desaparece el objetivo de la contraofensiva nacionalista. Un nuevo avance hacia Teruel no proporcionaría ninguna ventaja estratégica y no tendría tampoco importancia para futuras operaciones, pues el aniquilamiento del adversario, en este lugar, parece imposible, dada la contextura del frente. Los republicanos, no sólo han conseguido un buen éxito con la toma de Teruel y las pérdidas infligidas a los nacionalistas: han demostrado, sobre todo, que sus tropas, recientemente instruidas, son más fuertes de lo que generalmente se creía, y que sus mandos, por primera vez en esta guerra, han impuesto su voluntad al enemigo y se han mostrado hábiles. Se puede pensar que la culpa es, en parte, de Franco, que ha intentado recuperar Teruel, en vez de tomar la iniciativa en un sector por él elegido.»

Von Xylander considera, como nosotros, que desde el 15 de diciembre, Franco está siendo maniobrado por el Ejército de la República. Y considera también que ello es indicio de inferioridad. Es-

peraba que reaccionaría energicamente, desinteresándose de Teruel, fortificando lo mejor posible sus líneas de dicha zona y buscando otras lizas, aragonesas, alcarreñas, madrileñas, manchegas, andaluzas, donde lograr revanchas espectaculares. Y con sorpresa suya y de todas las personas razonables, hizo lo contrario. Aranda concentró al norte de Santa Eulalia 15.000 gallegos de las últimas levadas, los encuadró con moros y legionarios y los envió a la muerte, que les aguardaba sin tregua e implacable en las bocas de nuestras ametralladoras y fusiles. ¿Cuántos cayeron en torno al Muletón, antes de que este modestísimo cerro fuera evacuado por sus defensores? ¿Cuántos ensangrentaron las lentas aguas escasas del Alfambra?

Por los periódicos de la España leal han rodado artículos que causaron hondas discusiones. Debatíase en ellos el tema de los móviles psicológicos de la estrategia falangista. ¿A qué obedecían? ¿A la necesidad de ofrecer constantemente al empresario exótico ventajosos balances? ¿Al miedo de que se desmoralice la propia retaguardia?

En realidad, Franco es prisionero de las circunstancias. No puede sostenerse sin el apoyo permanente de Hitler y Mussolini. No puede sostenerse tampoco, si las provincias que explota cesan de creerle próximo a la total victoria. Desde luego, aunque es una mediocridad jactanciosa, comprende de sobra que en Teruel está procediendo en completo desacuerdo con todas las reglas del arte militar. Pero teme que la herida gravísima sufrida por

su prestigio, si no es restañada, se agrande y llegue a ser mortal. ¿Se equivoca? Técnicamente sí, y Von Xylander se lo reprocha. Políticamente, quizá no. Pero la política y la guerra, en este caso concreto de las batallas de Teruel, no van acordes.

Terminamos el comentario del «Boletín» del 20 de enero preguntándonos si la nueva y violentísima tentativa de Franco sobre Teruel sería únicamente una ofensiva de fijación, una diversión estratégica o el comienzo brutal de un nuevo y desesperado ataque a fondo. Pasaron diez días y los hechos no nos respondieron todavía con la suficiente claridad. Los rebeldes, sin duda, esperaban un empujón nuestro por algún sector aragonés o castellano. Y creyeron que prolongando la pugna turolense lo frustrarían en su prólogo. Esta creencia suya, ¿justifica el derroche de sangre, de metal y de explosivos que han significado los combates feroces del Alfambra? Que las críticas imparciales juzguen.

Teruel viene haciendo de ventosa estratégica. Es un Verdún hispano. Pero recuérdese que el Kronprinz y Falkenhayn, para excusarse ante el pueblo alemán, aterrado por las enormes carnicerías de que eran teatro las orillas del Mosa, dijeron que, aunque no tomaran la plaza, obtendrían resultados de trascendencia, ya que estaban desangrando las reservas francesas y haciendo imposible la gran operación de ruptura que Joffre y Douglas Haig habían preparado durante el invierno. Pero su explicación resultó falsa. Verdún siguió inviolable. Y la batalla del Somme empezó en la

Los «alemanes libres» dicen que los «nazis» son unos asesinos

Berlín, 2 febrero. — Un folleto titulado «Manifiesto del Partido alemán de la Libertad», enviado a los corresponsales de prensa extranjera de Berlín, acusa al partido nacional-socialista de haberse apoderado del poder «por medio de la mentira, de la fuerza y del asesinato».

El manifiesto añade: «Los nazis son unos malvados que han vendido a los hijos de Alemania y la sangre alemana a España. Debemos arriesgar nuestras vidas para hacer de Alemania un país libre.» — Reuter.

(«Daily Express», 3-II-38.)

fecha acordada por los generalísimos de Francia e Inglaterra.

Los mandos deben conservar fría la cabeza, no apasionarse, calcular las probabilidades, preguntarse frecuentemente si no arriesgan demasiado en cada militar postura, pensar en el mañana, considerar que hacen la guerra no sólo en el espacio, sino en el tiempo también. Nos parece que olvidan en Salamanca, más de lo permitido, estas verdades elementales. No se lee allí lo suficiente al austriaco Clausewitz ni al suizo Jomini, ni tampoco a nuestro Santa Cruz de Marcenado. Naturalmente, no lo sentimos. Por nuestra parte, procuramos y seguiremos procurando oponer a la fuerza heterogénea y mercenaria que amenaza la independencia y la libertad de España, la clara serenidad y la tranquila energía que, en definitiva, engendran los triunfos totales.

Cuando cerramos estos comentarios, y nuestras fuerzas de Aragón presionan sobre las comunicaciones del Ejército que intenta recuperar Teruel, leemos en la prensa extranjera algunas noticias muy interesantes. Según ellas, Hitler y Mussolini, cediendo a las súplicas de Franco, han acordado darle un nuevo auxilio. Consistirá, de creer a «The Daily Chronicle», «L'Oeuvre», «L'Humanité» y otros periódicos, en el envío, por el «duce», de 50.000 «voluntarios», y en la remesa, por el «führer», de un gran número de cañones, aviones y carros de asalto, con las municiones correspondientes y buen golpe de especialistas.

Además, Reuter informa que han llegado a Ceuta y Melilla varios miles de moros semisalvajes,

reclutados en Mauritania y concentrados en Ifni. Actualmente se les disciplina e instruye y muy pronto vendrán a España para engrosar los contingentes africanos, donde ya figuran, con los marroquíes, libios, eritreos, somalíes y abisinios.

También informa Reuter que Mussolini ha reforzado considerablemente la aviación italiana de Mallorca. Probablemente, tales refuerzos son los que han cometido los últimos atroces crímenes de Valencia, Barcelona, Reus, Figueras, Puigcerdà, etc. En represalia, con todo el dolor de nuestro corazón, hemos ido a Salamanca, Sevilla y Valladolid. Lo hemos hecho para que reflexione, no Franco ni sus empresarios exóticos, sino la retaguardia de la España fascistoide. Nada más fácil que bombardear ciudades abiertas. No hay en ello gran peligro y, desde luego, la gloria está ausente de esos «raids». Hemos podido y podemos hacer, en las provincias que tienen la desgracia de vivir dominadas por los facciosos, tanto daño, por lo menos, como éstos vienen haciendo en la España republicana. Pero nos ha repugnado recurrir a semejantes medios de intimidación, más que de destrucción, porque somos combatientes leales y nobles, y no viles asesinos, y porque nos duele España, que es nuestra madre, y vemos en los españoles, aún en los más extraviados, aún en los más enemigos, hermanos nuestros. Claro es que los rebeldes y sus mentores italo-alemanes no comprenderán este lenguaje...

(Boletín Decenal. Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra.)

Una información del «Daily Express» sobre la composición de las fuerzas facciosas y su moral

Londres, 5.—Un joven americano, Walter Schaible, que ha luchado en la España facciosa durante trece meses, ha publicado unas declaraciones en el «Daily Express», en las que da detalles sobre el ejército de Franco. Este cuenta con 65.000 moros, 5.000 legionarios del

Tercio, las fuerzas carlistas y falangistas y los italianos.

Los efectivos españoles no son enviados nunca a los frentes.

A los moros se les paga cinco pesetas diarias, cuatro a los legionarios y a los españoles una peseta; éstos van muy mal trajeados, mientras las demás tropas están bien equipadas.

Las fuerzas de los otros frentes no saben nada de lo que ha sucedido en Teruel; pero empiezan a preocuparse por la inmovilidad que desde hace cerca de un año se ven obligados a guardar ante Madrid.

Moralidad facciosa Destituídos por malversación de fondos

Hendaya. — Por noticias procedentes de Pamplona, se sabe que han sido destituídos, por malversación de fondos, Eusebio Galicano, jefe de Transportes; Pablo Sanmartín, jefe de la Requisa de chatarra, y tres oficiales de requetés, que estaban encargados de los giros postales.

Las cuatro guerras de Italia

El «paso de la oca» ha sido bautizado por Mussolini con el nombre de «paso romano». Es un milagro del eje Roma-Berlín.

En toda la prensa italiana, se exalta este hallazgo hasta tal punto que uno se pregunta cómo es posible que se haya esperado tanto para adoptar este paso, que es — Mussolini lo ha proclamado desde lo alto del Coliseo — «la expresión verdadera del auténtico espíritu militarista».

¿Qué desgracia para Italia y para la humanidad, si el duce no hubiese hecho su viaje a Alemania y no hubiese traído su sensacional descubrimiento!

Sin embargo, no es éste el punto más interesante del discurso de Mussolini a las milicias.

«La Italia fascista — ha dicho — tiene un alma templada por cuatro guerras.» Contémoslas, con Mussolini: la guerra de Libia, la guerra mun-

dial, la guerra de Etiopía, la guerra de España...

Por tanto, la Italia fascista se adjudica la guerra de España, del mismo modo que la guerra de Etiopía y que las guerras precedentes.

Hemos afirmado a menudo, en estas columnas, que Mussolini consideraba la guerra de España como una guerra «nacional» de la Italia fascista, como la continuación de la guerra de Etiopía.

Analizando, encontramos en el discurso de Mussolini la más indiscutible confirmación. Pero si Italia mantiene su guerra en España, ¿qué es lo que hace en el Comité de No Intervención?

Es imposible hablar seriamente, honradamente, de no intervención, si no se logra que Italia cese de dirigir su «cuarta guerra».

André LEROUX

(«Le Populaire», 3-II-1938.)

LA LUCHA HA EMPEZADO

El pacifismo activo

«Hay que encadenar al monstruo de la guerra»: eso dice un periódico conservador inglés, nada melodramático ni alarmista en el examen de los problemas internacionales. Parecen palabras escritas, hace siglo y cuarto, en las gacetas que inspiraban los aliados, refiriéndose a Napoleón. Entonces, el monstruo era un genio que había soñado con establecer los Estados Unidos de Europa bajo el signo de una improvisada dinastía. Ahora tiene varias cabezas, como la hidra, alguna de las cuales, la cabeza parlante, delira en el fondo del Palacio Chigi, tal como la vió Ludwig, pretendiendo adivinar el porvenir. Nunca el remedo histórico ha dado buenos resultados. Mussolini imita a Napoleón en el gesto y, a veces, en la palabra; pero le falta la grandeza de las batallas, el impulso del gran capitán. El otro día, le habló a un nieto recién nacido, con acento imperial, imitando las profecías de Napoleón al Rey de Roma. Quien piense, sin embargo, en los legionarios aterrizados de Guadalajara y en las jornadas de Abisinia, contra unos miles de negros armados con lanzas, no podrá menos de sonreír. Demasiada petulancia; demasiada literatura. Mussolini es el tipo de hombre de acción fracasado que disimula su impotencia bajo un montón de palabras pronunciadas o escritas. Es el hombre frustrado dos veces: como personaje y como autor; lleva dentro de sí ese complejo pirandelliano de la derrota ante sí mismo y busca sin cesar compensaciones vitales para su naturaleza extrovertida.

Por eso, se comprende menos la vacilación de los pueblos pacíficos ante la serie de infracciones y atropellos que el Estado fascista comete a diario para sostener la guerra allí donde se cuidó de alentarla. La verdad es que no suele hablarse en serio de la paz de Europa, cuando se halla de hecho alterada, no sólo en España, sino en aquellos puntos del continente que son centros vivos de relación internacional. Ciertamente hay países que no han hecho todavía la movilización militar ni se consideran «oficialmente» agredidos; pero sufren ya el ataque en sus articulaciones esenciales, y se ven forzados a rearmarse tan velozmente, que todas las energías de la nación se vuelcan sobre los planes de defensa territorial que preparan los Estados Mayores. Inglaterra no está en conflicto con Italia; pero sus comunicaciones se encuentran interceptadas por los torpedos. Francia sigue de espaldas al fantasma de la guerra y, sin embargo, tiene otra frontera enemiga en el Pirineo y le apuntan los cañones italianos de las Baleares y la artillería alemana de Marruecos.

¿Puede hablarse de conservar la paz, cuando la guerra arde ya en el cielo y los mares, desangrando pueblos y destruyendo las reservas morales de la humanidad, que eran el único antídoto

contra la violencia? Lo peor de esta situación es el clima psicológico, a favor del cual las fuerzas de la guerra se desenvuelven insensiblemente y preparan el choque definitivo. Por eso, el pacifismo pasivo que preconizan algunos grupos de idealistas, entre ellos Huxley, el gran escritor inglés, resulta tan pernicioso para la suerte de los pueblos, como el espíritu de agresividad de los fascistas. Huxley, combatiendo el rearme británico, ha llegado a decir que él dejaría a los agresores ocupar incluso territorios ingleses, con tal de que no surgiese la lucha. Aconsejaba a sus compatriotas abatir las armas ante el enemigo, suponiendo que esa profunda lección de fraternidad bastaría para que éste comprendiese su sinrazón y renunciase a sus planes. Pero esa posición cristiana posiblemente tendría eficacia si el adversario actuase sin merma de los valores morales; pero cuando los ha estrangulado todos e introduce en las relaciones internacionales los estímulos del *gangster*, entonces sólo la fuerza al servicio del derecho puede servir la causa pacifista.

Es decir, se trata de modelar un pacifismo activo que tiene su expresión en una serie de actos enérgicos indicados para rechazar la violencia. No basta un discurso para responder a una agresión en el mar, ni se desarmen los ejércitos con notas declamatorias. El error inmenso cometido por la democracia europea, desde que el fascismo inició la táctica del terrorismo permanente, ha sido recurrir al método del convencimiento diplomático, cuando era preciso responder también con hechos consumados. Si, cuando Hitler dió por caducado el acuerdo de Versalles, que era una prenda de garantía para los países pacíficos, se concierta una acción conjunta de los que, en 1914, lucharon unidos contra el imperialismo alemán, el nazismo hubiera fracasado en su primera aventura exterior. Lo mismo puede decirse de la invasión de Abisinia, que Mister Eden —hay que hacerle justicia— quiso detener con la *Home Fleet*, preparada ya en zafarrancho de combate. Pero, entonces, el fascismo tuvo un cómplice: Laval. Allí se perdió la ocasión de ensayar esa forma de pacifismo que pudo evitarnos tantas amarguras. Ni la guerra de España ni la invasión de China se hubieran producido con los caracteres de atentado al derecho y a la civilización que tienen en este dramático instante. Pero se escogió el camino del pacifismo negativo, de las conclusiones vacilantes, de la tolerancia y la irresolución, y a estas horas domina los espíritus un ambiente de guerra que angustia las almas de los hombres, aun las de aquellos que oyen muy lejos las explosiones de la lucha, de una lucha que ha comenzado ya.

J. DIAZ FERNANDEZ

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Cómo reaccionan los niños

El último bombardeo después de la nota del Ministro de Defensa

Hemos asistido, estos días, a los diversos actos organizados con motivo de «La Fiesta del Niño». Ello nos ha permitido observar la reacción que han producido en las almas infantiles las recientes agresiones de los fascistas, desde el aire, contra los centros de enseñanza, no sabemos si por considerarlos como importantes objetivos militares o por el deseo de «matar la inteligencia» en nuestro territorio, como ya la han asesinado en el que ellos detentan.

Hace unos días, se efectuó en todas las escuelas de Valencia el reparto de juguetes. Como si la primavera hubiese querido adelantarse para dar mayor brillantez a la fiesta, la mañana era espléndida, luminosa, y con la alegría del ambiente se confundía el bullicio de los niños, llenos de gozo por recibir sus regalos. Se distribuyeron no menos de noventa mil de todas clases. Causaba emoción ver aquellas bandadas de chicos que, prorrumpiendo en gritos y en risas, salían de los colegios e inundaban las calles de la ciudad. Como nos pareciera que la multi-

tud infantil vibraba con mayor júbilo que en otras ocasiones similares, se lo hicimos observar al director de uno de los Centros de enseñanza, el cual nos dijo que ya había reparado en ello y que conocía el fundamento.

«Pregúntenles a los chicos», añadió, «y verán si es curiosa su respuesta.» Lo fué, en efecto. Todos aquellos a quienes interrogamos nos dijeron que estaban muy contentos con los juguetes y los libros recibidos; pero lo que más les alegraba era, para repetir las propias palabras de uno de ellos: «que ya no vendrán a matarnos los aviones fascistas». Gritaban con alborozo al sentirse, en su candidez, libres del terror: «¡Ya no volverán los pájaros malos!» Ya no volverían a ver a compañeros suyos de colegio caer ensangrentados entre mapas, pupitres y cuadernos. Ya no tenían que sentir miedo por lo que a ellos pudiera sucederles. Pasó la nube negra.

En verdad que era curiosa la alegre reacción de esas criaturas. Hasta ellas había llegado, horas antes, la

referencia de la nota publicada por el Ministro de Defensa Nacional, y pensaron que estaban ya libres de la amenaza que tantas veces les había conturbado. El Gobierno de la República, después de sufrir durante más de un año los bárbaros ataques aéreos de los fasciosos contra la población civil, había tenido, al fin, que contestar dando pruebas de su poderío bélico; pero, en seguida, apelaba a la conciencia humana y proponía el fin de ese procedimiento, que repugna al régimen democrático. Si la aviación fasciosa se abstenía de bombardear los pueblos alejados del frente de combate, la República no se vería obligada a responder con forma adecuada. Así desaparecería de la guerra esa ineficaz faceta, de reprochable crueldad, que las fuerzas de la España leal venían resistiendo a practicar desde el comienzo de la contienda.

Los niños, ante estas manifestaciones del Ministro de Defensa, creyeron que el enemigo iba a aceptar sin reparos. ¿Cómo habían de suponer que los fascistas estuviesen tan

RADIO-VERDAD

¿Queréis juzgar sobre España, o, como algunos dicen, sobre los dos Españas?

Escuchad a Radio-Verdad, la emisora salmantina, y a las emisoras gubernamentales. Y haced que las oigan vuestros amigos, especialmente vuestros amigos de derechas, o indiferentes. Oirán con alegría los epítetos variados y halagadores que emplean los amigos de los Sres. Bailby, Doriot y La Roque, para calificar a los compatriotas de los Sres. La Roque, Doriot y Bailby.

Radio-Verdad habla de la España republicana y de los infortunados madrileños (bombardeados diariamente por los cañones de Radio-Verdad); es decir, de aquellos de nuestros amigos que viven bajo la dominación de las hordas asiáticas.

Un trompetazo, y en seguida:

«Vais a oír la semana cómica.»

Y lo más cómico es que no es siquiera el general Queipo de Llano quien toma la palabra.

En cuanto a las emisoras republicanas, ese día, transmiten la reseña de la sesión de Cortes, en la cual tomaron parte los diputados de toda España.

(«Vendredí», 4-II-1938)

saturados de maldad que rechazaran una proposición semejante? Por eso gritaban gozosos los niños. ¡Se habían acabado los bombardeos en la retaguardia!

La infancia, en su candorosa inclinación a aceptar las más extraordinarias y absurdas fantasías, les hacía a los fascistas el honor de creerlos capaces de poseer un resto de sensibilidad.

Hoy hemos vuelto a ver a muchos de aquellos niños. Los hemos encontrado serios y silenciosos, como si de pronto hubieran hallado rotos todos los juguetes que habían recibido días antes.

A uno le preguntamos:

—¿Qué te ocurre?

Y él, reflejando en su semblante la extrañeza que le producía esta pregunta, respondió:

—¡Qué me va a ocurrir! ¿No lo saben ustedes ya? ¡Los aviones fascistas siguen bombardeando!

Comprendemos la desolación de los pequeñuelos. Cuando otra vez, entre las sombras de la noche, volvieron sobre Valencia los aviones facciosos y lanzaron su carga mortal sobre la ciudad, nuestro pensamiento voló hacia esos niños que días antes gritaban y reían creyendo que se hallaban libres de la feroz vengancia de los fascistas. El estallido de las bombas era la bárbara respuesta que los mandos de la facción daban a la credulidad optimista de estas criaturas, que, en su inocencia, llegaron a suponer que en los fascistas palpitan también sentimientos humanitarios.

Después del bombardeo, el triste son de las campanas de las ambulancias rompía el silencio de la noche, llevando a los hogares aun no destruidos el anuncio de los que habían quedado destruidos; a las personas que todavía vivían reunidas con los suyos, el augurio de la desgracia que a ellas pudiera ocurrirles mañana. La tragedia continuaba por voluntad de los fascistas. Quien seguir adelante, pasando, como dicen, por encima de los cadáveres, pero muy por encima, por el aire, desde donde, sin ser vistos, envueltos en las tinieblas de la noche, ni, a veces, oídos, porque para sorprender mejor a sus víctimas inocentes, paran los motores de sus aviones, van dejando sangrientas huellas del «numen de Franco»: la Muerte.

—Tenéis miedo, ¿verdad?

Varios niños del grupo escolar que visitamos se irguieron con gallardía inesperada... «¡No, ya no tenemos miedo!» Parecían estar, de repente, invadidos por la indignación que siente el pueblo, el cual, en estos momentos, clama contra la barbarie fascista.

Las inocentes criaturas sufrieron una rápida gradación de reacciones durante el bombardeo de anteaño-

che. Primero, sintieron estupor; luego, desconsuelo al ver derrumbado su optimismo. Por último, ira, esa ira llena de desesperación que experimentan los seres infantiles cuando ven rota una ilusión.

Un sacerdote checoslovaco, que iba conducido por la Gestapo a la zona rebelde española, pidió protección al cónsul de Francia en Gibraltar denunciando que le habían raptado

Gibraltar. — En los centros políticos de esta ciudad es objeto de generales comentarios la extraña odisea de un sacerdote checoslovaco. La aventura ha tenido un pintoresco desenlace en Gibraltar.

El día 27 del pasado mes de enero, y a bordo del trasatlántico «Rex», llegó, procedente de Italia, el sacerdote católico Franz Vicienik, acompañado de un agente de la Gestapo. Los citados viajeros desembarcaron y el policía alemán comenzó a gestionar las necesarias autorizaciones para penetrar en la zona facciosa española.

El sacerdote checoslovaco pidió permiso al miembro de la Gestapo para ir a la Iglesia Católica, mientras el policía realizaba las diligencias para atravesar la frontera. No hubo inconveniente en acceder al ruego del sacerdote, y éste marchó a la referida Iglesia, donde denunció a sus compañeros el drama de que había sido protagonista. Hallándose de excursión en un lugar muy próximo a la frontera alemana, en el mes de septiembre último, unos policías alemanes violaron el territorio checo y lo raptaron, llevándole atado, en un automóvil, a Weiden y, más tarde, a Regensburg y Munich, donde, en calidad de prisionero, en la Cárcel de la Gestapo, ha estado hasta los primeros días de enero. Entonces le sacaron para emprender este viaje.

Los sacerdotes católicos de Gibraltar acompañaron a Franz Vicienik al Consulado de Francia, donde solicitó protección para evitar que el citado policía intentara hacerle pasar, contra su voluntad, a la zona rebelde de España.

El representante francés se hizo cargo del sacerdote, que dos días después embarcó a bordo del «Men-doza» con rumbo a Marsella.

El agente de la Gestapo, que llevaba documentación a nombre de Scheilde Werner, al darse cuenta de la denuncia presentada, se internó rápidamente por la Aduana de La Línea, sin duda para evitarse seguir complicaciones.